

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

DESDE MÉXICO CON AMOR

En maya, acaban de enseñarme una hermosa tarde mis alumnas y maestras del idioma maya en Mérida (Yucatán), ataviadas con sus bellísimos trajes regionales multicolores, que la expresión *tú eres mi yo* (*a laak 'en*) y *tú eres mi hermano* (*In láak' ech*) son equivalentes, y del mismo modo lo son *yo soy tú* (*Teene' teech*) y *yo soy tu hermano* (*Teene' a la'ak'en in souku'nech*). Coincidencias o diosidencias, lo cierto es que en el interior del penal de alta seguridad de Valladolid (Yucatán) he podido comprobar todo eso de algún modo al día siguiente, cuando un recluso de avanzada edad me hizo entrega de un cofre de madera por él mismo pulidísimo que, según confesión propia, estaba destinado por él a convertirse en la urna funeraria en la cual pensaba depositar sus propias cenizas después del crematorio. Si eso no es un gesto definitivo de fraternidad yo/tú, venga Dios y lo vea.

A pesar de todos los pesares, en este México hay todavía un lugar para estas cosas desde aquel día en que las escribiera el sabio señor de Tetzco Nezahualcōyotl (1402-1472):

Yo, Nezahualcōyotl, lo pregunto:
¿Acaso de veras se vive con raíz en la Tierra?
No para siempre en la Tierra:
sólo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea de oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.
No para siempre en la Tierra:
sólo un poco aquí.

Percibo lo secreto, lo oculto.
¡Oh, vosotros señores!
Así somos,
somos mortales,
de cuatro en cuatro, nosotros, los hombres,
todos habremos de irnos,

todos habremos de morir en la Tierra...

Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la Tierra.

Como vestidura de plumaje de ave zacuán,
de la preciosa ave de cuello de hule,
nos iremos acabando...

Meditadlo, señores
águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro,
también allá iréis,
al lugar de los descarnados.
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar.

Estoy embriagado, lloro, me aflijo,
pienso, digo,
en mi interior lo encuentro:
Si yo nunca muriera,
si nunca desapareciera.
Allá donde no hay muerte,
allá donde ella es conquistada,
que allá vaya yo.
Si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.

¿A dónde iremos
donde la muerte no existe?
Mas, ¿por esto viviré llorando?
Que mi corazón (*yóllotl*) se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre,
aun los príncipes a morir vinieron,
Los bultos funerarios se queman.
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.

Por fin lo comprende mi corazón:
 escucho un llanto,
 contemplo una flor...
 ¡Ojalá no se marchiten!

No acabarán mis flores,
 no cesarán mis cantos.
 Yo, cantor, los elevo,
 se reparten, se esparcen.
 Aun cuando las flores
 se marchitan y amarillecen,
 serán llevadas allá,
 al interior de la casa
 del ave de plumas de oro¹.

Del respeto por nuestros hermanos del Nuevo Mundo da idea Ángel María Garibay (1892-1967), a quien el médico le dijo a los quince años que si entraba en el seminario se volvería loco, se hizo sacerdote y habló latín, griego, hebreo, francés, italiano, alemán, inglés, náhuatl y otomí: «Loco o no, aquí me tiene usted trabajando. El consejo que a mí mismo me di y que siempre he practicado ha sido el de que, si en vez de trabajar, descanso, más que enloquecer, me muero»². Luego, una vez ordenado sacerdote por amor a los más pobres, no quiso ir a estudiar a Roma, ni a varios países de Europa ni a Rusia y —como Kant— tampoco se alejó nunca de su ciudad natal, México. Otro motivo más para dejar en ridículo a los que presumen haber estudiado fuera de su país con tal o cual sabio y vuelven sin saber nada, aunque creyéndose sabios, eso sí. Las gentes sencillas con las que convivía y entre las que era misionero y pobre, decían de él: «Parece que este padre no ha terminado sus estudios, porque siempre lo encontramos leyendo

en sus libros, haciendo preguntas y tomando notas»³. Lo cual podía hacerlo gracias a las revistas y libros que recibía con las investigaciones más recientes. Este hombre sabio y bueno recuperó para las lenguas indígenas de forma especial las *huehuetlahtolli* o pláticas de los ancianos en náhuatl, dejando al descubierto a aquellos académicos que afirmaban que tales pláticas no existían: «La publicación de estas obras vino a desvanecer ya por completo la vieja objeción hecha desde el siglo XVI a fray Bernardino de Sahagún. Sostenían algunos que los textos y composiciones atribuidas a los antiguos mexicanos en realidad eran invenciones, si se quiere de gran valor literario, pero invenciones al fin. La respuesta del padre Garibay fue mostrar los documentos mismos y hacer ver la fidelidad de sus traducciones de los textos indígenas. Con una mirada burlona, acompañada de un chispazo de sus ojos de mirada profunda, comentaba Garibay estas objeciones con las siguientes palabras: «Ojalá que yo hubiera inventado estas composiciones, desgraciadamente sólo las he traducido»⁴.

Por si fuera poco, el padre Garibay no descansó hasta conseguir en beneficio del pueblo de San Martín de las Pirámides la introducción de agua potable; en otros lugares reunía también a los campesinos jóvenes para enseñarles diversas técnicas que podrían ayudarlos a mejorar sus cultivos y pequeñas industrias. Totalmente ajeno a la pedantería y al *cenaculismo* académico, vivía con profundidad y rigor la pobreza evangélica.

Esta era una actitud de los humanistas en su contacto con el nuevo Mundo. El franciscano Fray Toribio Paredes (Zamora, España, 1490/México 1569) decidió llamarse *Motolinía* en cuanto escuchó que así designaban los indios de Tlaxcala al pobre, al humillado y al doliente⁵.

1. León-Portilla, M.: *Humanistas de Mesoamérica I*. Fondo de Cultura Económica. México, 1997, pp. 27-31.

2. *Ibi*, p. 45.

3. *Ibi*, p. 49.

4. *Ibi*, p. 52.

5. León-Portilla, M.: *Fray Toribio de Benavente, «Motolinía». Sacrificios e idolatrías*. Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p.3.